

mezcla de Julio César y de héroe de novela picaresca, político supremo y Don Juan empedernido, me simpatiza con su muy humana humanidad (no corre el riesgo, como la Reina Isabel, de llegar a los altares) y si con su conquista nos quitó un mundo, nos trajo otro. Y en ese mundo que trajo Cortés en la bodega de sus barcos y en la alforja de su montura, venía una nueva y sorprendente arquitectura.

El momento de la Conquista coincide, en España, con una gloriosa complejidad, un entretiem po de estilos. El *dernier cri* venía, por supuesto, de Italia, que los españoles por aquel entonces enseñoreaban. La finura florentina y el esplendor romano se delatan en la arquitectura de los Reyes Católicos, arquitectura que tiene delicias de platería. Luego en los reinados de Don Carlos y Don Felipe, lo italiano se convierte en dominante. Ese *dolce stil nuovo* que fue el Renacimiento, encuentra en España tierra fértil. Pero, en tiempos de la conquista todavía tiene España misticismos y rudezas góticas y está aún muy fresco el cadáver exquisito de la arquitectura árabe. Esta mezcla de lo viejo y lo nuevo, lo nacional y lo itálico, será justamente lo que se trae al conquistado México.

La conquista arquitectónica de México es, simplemente, maravillosa. Y empleo esta palabra en su sentido original y más profundo, porque es una arquitectura la que se nos enseña e impone donde se mezclan con ingenuidad y genio lo gótico, lo plateresco, lo mudéjar, interpretado todo con sensibilidad y gusto indios. Si la conquista de los aztecas se da en 1521, todo el siglo XVI se emplea en ir explorando y conquistando ese subcontinente mexicano. El edificio representativo de aquella arquitectura es la llamada «iglesia-fortaleza». Estos castillos de Dios en tierra de indios reúnen una humilde piedad cristiana con un viril carácter militar. En los más entrañables ejemplos del género, en Huejotzingo, Acolman, Tepoztlán y en cien sitios más, la iglesia-fortaleza coronada con almenas, vigilante desde sus troneras, se levanta con esa fuerza elemental que tienen esos castillos que alguna vez descubrí en mi indiano *Viaje a la Alcarria*: Atienza, Jadraque o Sigüenza, la del Doncel.

Y es que las iglesias-fortalezas del XVI mexicano, son las últimas expresiones de una Edad Media devota y batalladora. Frutos de la conquista podrían serlo también de la reconquista de tierra de moros. No en vano es Santiago, ese santo jinete y esgrimista quien recorre triunfador los campos de México convirtiéndose en uno de los santos más populares entre los indios, aunque algunos mal pensados piensen que más que las virtudes del Apóstol lo que gustaba a los naturales era el caballito...

En las iglesias-fortalezas de nuestro siglo XVI, hay algo esencial del viejo románico español y por eso me hubiera gustado saber qué hubieran escrito Azorín o Unamuno (o ¿por qué no? Machado) de estas iglesias de piedra

medieval y mexicana. La iglesia-fortaleza es mucho más que un simple templo. Se trata, en realidad, del germen y núcleo de toda una civilización. La iglesia, de planta de una sola nave, está precedida por un atrio que si bien no es tan amplio como el mundo sí debe ser tan grande como para albergar a las amplitudes de la palabra de Dios. Allí se catequizaba a los naturales que se convertían por millares después de que sus dioses habían sido derrotados tan espectacularmente por la cruz de Cristo y la espada de Santiago Matamoros. Una vez cristianizados, allí en el atrio se les decía misa multitudinaria y para ello los geniales monjes habían diseñado unas muy prácticas capilla abiertas (el clima mexicano, por lo demás, permite vivir mucho al aire libre) y para las procesiones en las que había que caminar por el inmenso atrio, los monjes habían colocado, muy majas, unas capillitas de juguete en las esquinas donde descansar, reposar las pesadas imágenes o las aún más pesadas custodias eucarísticas, las «capillas posas». La fachada de la iglesia que daba también al atrio lucía las galas escultóricas de nichos o molduras. Junto a la iglesia se construía el convento; gótico a veces, plateresco en otras, el convento del siglo XVI (hoy nostálgica posada de silencios) era, tras la conquista, embajada de Europa. Los monjes, españoles la mayoría pero también flamencos algunos, italianos otros, no sólo predicaban la fe sino que transplantaban la ciencia del Viejo Mundo, eran geógrafos, lingüistas, historiadores, herbolarios. En el patio se aclimataban plantas de Castilla y se conocía a las de estas tierras.

Las iglesias en cuyos coros los monjes cantaban en gregoriano eran, al mismo tiempo, sencillas y magníficas. Los muros, por fuera de castillo, se dulcificaban por dentro con frescos monocromáticos sacados de viejos libros de piedades. Los techos eran o de nervaduras aún góticas o de madera con artesonados mudéjares. El único lujo de aquellas iglesias es ya el retablo, muy tosco todavía, con sus cuadros de santos pintados, a la española, en santa penumbra. El retablo y la cruz que afuera, en el atrio, proclamaba que aquel conjunto era una misión cristiana. Y estas cruces son ahora, para los amantes del arte mexicano, símbolos del encuentro de dos concepciones creativas: los símbolos de la pasión del Cristo (clavos, lanza, corona de espinas, escalera) se rediseñan con la caligrafía simbólica del arte mexicano. Es la clara presencia de la gran tradición de la escultura precolombina. Un poeta e historiador de arte español, José Moreno Villa, llegado a México con los refugiados de la Guerra Civil, bautiza al estilo indoespañol del XVI como estilo «tequitqui»; es decir, vasallo. Pero el hecho es que lo tequitqui o, más bien lo indígena, jamás muere sino que se funde y confunde con lo europeo y así todos los estilos que nos vienen del mundo, desde el Renacimiento hasta el *Postmodern* se reinterpretan aquí al gusto y sensibilidad mexicanos.

El hecho es que estas primeras edificaciones españolas en México son ya también mexicanas. Con la conquista se ha iniciado una arquitectura colonial que más que transplante es reinterpretación. Los estilos cruzarán el Atlántico pero serán rehechos por el ojo y la mano de México. Ya no son europeos. Y todo esto resulta muy obvio para quien cruce el océano en un sentido o el otro. Mi experiencia de turista de arquitecturas en España me convenció de que lo que aquí llamamos renacentista o barroco, neoclásico o ¿por qué no?, moderno, poco tiene que ver con sus modelos originales. Las arquitecturas que España nos mandó aquí se suavizaron. Justo como lo que pasó con el idioma, con la cocina, con las letras, quizá con la religión misma.

México, muy femeninamente, aceptó las simientes españolas para formar con ellas nuevos matices, nuevos sentido, nuevos contornos. Así, las arquitecturas de México y España sólo tienen lejano parecido de familia. Quizá sólo lo andaluz haya resistido mejor el transplante. Ciertos resplandores barrocos granadinos, ciertas blancuras sevillanas, ciertos encantos de los pueblos de mar y monte de Andalucía, tienen ecos muy parecidos en pueblos mexicanos. Y es que en Andalucía es donde los mexicanos nos sentimos más en casa, por eso del reconocimiento de arquitecturas y jardines. Madrid, que por cierto en nada se parece a lo nuestro, es también favorito de viajeros de México quizá porque es simpático, sangre liviana y si quizá no es tan bello como París, al menos no tiene franceses...

Y la mexicanidad de la arquitectura colonial está presente aún en edificios hechos con tanto esmero oficial como las catedrales. Puebla, México, Morelia, (llamada originalmente Valladolid) tienen catedrales hechas con todas las reglas de la gran arquitectura española de su tiempo. Planos, arquitectos, alarifes, artesanos, se trajeron de España para levantarlas pero el resultado fue, de alguna manera, también mexicano. Lo mismo sucede con los palacios del Virrey o de los grandes señores y con los edificios públicos. Sólo en alguno, como el bello Palacio Clavijero de Morelia-Valladolid detectamos, si aguzamos la vista, una elegancia bien castellana, bien salmantina, en el patio y la arquería.

Por lo que se refiere al urbanismo, las ciudades coloniales mexicanas se construyeron, como era menester, siguiendo las especificaciones de aquel laborioso planificador urbano que fue Felipe II. Su modelo urbano, de ciertas raíces romanas, se impone en los lejanos sitios de México. Un tablero de ajedrez con calles amplias y derechas, con un corazón que es la plaza (cuyo corazón a su vez es la fuente) en torno de la cual vigila la iglesia y la casa del gobernante. Y las especificaciones filipinas se siguen aún en las ciudades mineras, como Guanajuato o Zacatecas, donde la racionalidad real se estrella en cerros y se despeña en barrancos creando así un